

PELICULAS

Novela Semanal

17



WIENE, Robert



PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 17 :: 25 CTS.

Adaptación literaria del hermoso cinedrama
basado en una obra de Francisco Molinar

El Oficial de la Guardia

(TAMBE DER GARDEOFFICIER)

(DER LEIB GARDIST, 1926)

Magistralmente interpretado por la bellísima estrella
MARIA CORDA y los actores ALFRED ABEL y
ANTONIO EDTHOFER

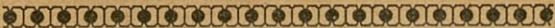
~~SELECCION~~

SELECCION "GALLO DE ORO" DEL PROGRAMA
VILASECA Y LEDESMA, S. A.

VIA LAYETANA, 53 :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925: BARCELONA



PRIMERA PARTE

En el país de los magiares, donde el sol anega de luz las colinas y rie en las viñas doradas, que muestran orgullosas la pompa de sus racimos como estrofas de una canción de paganía, en cuyas praderas crecen libres los nietos de «Bajenante» y «Rocinante», y en donde las danzas tienen una impetuosidad salvaje y se enardecen las parejas con los sollozos de sus violines... Aquí, a los confines de este país es a donde queremos llevarte, caro lector, a su parte occidental, en la cual Budapest se tiende como una bella indolente, una bella que semeja a veces una odalisca y a veces una parisina refinada.

Nada tiene de particular que en un ambiente de esta naturaleza los sentimientos se transformen a veces en violentas pasiones y que de la más simple futesa se origine un drama o algo que puede parecerlo.

Por esto, pues, si te haces cargo del ambiente; si consideras que donde todo parece invitar a la felicidad, aunque parezca paradoja, es donde más pronto estamos dispuestos a desprendernos de ella, te parecerá lógica y natural la situación psicológica de los personajes de nuestra historia.

Te los presentaremos: son Gustavo Bellert y su esposa Violeta.

Gustavo era un hombre alto y fuerte, de aspecto simpático; frisaba ya en los cuarenta, y su esposa contaría a la sazón unos veinticinco, vestidos de largo. Era el actor dramático más en boga. El público de la gran ciudad sentía por él una verdadera idolatría. Acostumbrado a vivir en el escenario mil vidas atormentadas, Gustavo se complacía en torturar la suya, creándose a sí mismo hondos problemas sentimentales.

En cuanto a Violeta, además de esposa, era también su compañera de gloria. Flor de civilización y de refinamiento, le aterraba lo vulgar, le aburría lo cotidiano y por eso perseguía la ilusión del encanto fugitivo en cada una de sus horas.

Cuando los vemos por primera vez los encontramos en el escenario del Gran Teatro, en plena apoteosis de triunfo, recibiendo sonrientes los aplausos que el público, subyugado por la excelsoitud de su creación, les prodigaba sin tasa.

Al caer el telón, Violeta fué a su lujoso camerino de primera actriz y tras ella entró su esposo.

—Veo que te arreglas como para asistir a una recepción—le dijo éste—. ¿Es que no piensas volver directamente a casa, Violeta?

—No, Gustavo; voy al baile de la condesa Tolnay, que me ha invitado con mucha insistencia. Siquieres puedes venir tú también, puesto que me ha rogado que fuera contigo.

—¡Es lástima que te hayas comprometido sin consultarme!... ¡Yo que había pensado

que pasaríamos la velada solitos los dos en nuestra casa!...—dijo él con tristeza, abandonando la estancia.

A solas en su cuarto, sin más testigo que su ayuda de cámara, Gustavo dió rienda suelta a sus negras preocupaciones de hombre celoso y, por añadidura, sentimental. «¿Por qué irá al baile de la condesa?—se preguntaba—. ¿A quién tendrá ella que ver allí?»

Y estos pensamientos se clavaban en su mente con la violencia de un clavo. El diablillo de los celos, burlón y tentador, comenzaba a atormentarlo una vez más...

Entretanto, Violeta, pared por medio, era a su vez asaltada por otras ideas. Le había impresionado la tristeza de su esposo, la melancólica mirada que le lanzara al salir, a raudor de reproche por el abandono en que lo dejaba, y cambiaba totalmente de modo de pensar.

—Después de todo—se decía a sí misma—, no vale la pena que por ir al baile de la condesa le dé un disgusto a mi maridito...

Y, como iluminada por una feliz inspiración, radiante de júbilo su hermoso semblante, se volvió a su doncella, diciendo:

—¡La ropa de calle... en seguida! ¡Me voy a casa inmediatamente! ¡Quiero darle una sorpresa!...

Gustavo, al otro lado, decía a su ayuda de cámara:

—Tráeme el frac. He cambiado de parecer. Me voy al baile de la condesa de Tolnay.

Y como el criado pareciera andar con la lentitud a que le obligaban sus muchos años, Gustavo comenzó a hostigarle.

—¡Date prisa, hombre; corre, que quiero llegar antes que ella!... ¡Muévete!...

Minutos después salieron uno en pos del otro y con direcciones completamente opuestas a las que en un principio habían pensado seguir.

Gustavo, inquieto, nervioso, llegó al palacio de la condesa. La fiesta dada por ésta se hallaba en pleno apogeo.

—¿Deben pasar por aquí todos los invitados?—preguntó a los criados que se hallaban en el vestíbulo recogiendo los abrigos de los concurrentes.

—Todos, señor; no hay otra puerta para entrar al salón, como no sean las de las habitaciones particulares de la señora condesa, y esas, como comprenderá el señor, no son para dar acceso a los desconocidos.

Aquella contestación pareció tranquilizar al famoso actor, que, oculto tras un sillón gótico, de alto respaldo, se quedó en el vestíbulo, observando, sin penetrar en el gran salón, donde todo eran risas y música, cuyos ecos llegaban hasta él a través de las grandes vidrieras entornadas.

Así permaneció durante largo tiempo, devorado por la impaciencia de la espera y sin osar mover un miembro para no delatar su presencia a los que pasaban. En aquellos mismos instantes, allá en su casita, en el sumtuoso nido de su amor, la gran actriz, mimada del público, se convertía en una amita hacendosa y con sus propias manos preparaba un sabroso yantar.

La ilusión con que Violeta iba arreglando hasta los últimos detalles de la mesa no es

para desrita. Luego que hubo colocado los manjares preferidos por su esposo, arregló los platos, preparó los vinos y, por fin, coronó su obra maestra distribuyendo sobre el mantel las flores con el arte y buen gusto en ella peculiares.

Tomó un libro y se sentó en un amplio butacón, desde el cual no podía ser vista al abrir la puerta. Cada coche que pasaba por la calle, cada ruido de pisadas, era bastante para hacerle distraer su atención de la lectura. Así pasó una hora, pasaron dos y llegaron las lágrimas de la desilusión, como secuela final de la nerviosidad de la espera.

Gustavo, acurrucado en su sillón, fué descubierto por unas lindas criaturas que salieron del salón, donde la fiesta parecía tocar ya a su fin.

—Pero, ¿qué hace usted aquí en esta postura?—le dijeron—. ¡Se debe aburrir soberanamente!... ¿Dónde ha dejado a su encantadora Violeta?

Gustavo, sorprendido y un tanto embarazado, contestó como pudo.

—La estaba esperando... Me ha dicho que vendría... No sé; quizá no se haya encontrado bien... Con permiso de ustedes, iré a mi casa a ver si la encuentro...

Salió corriendo. Consultó su reloj, como si temiera que su esposa hubiese ido a otra parte, y por ser tan tarde hasta hubiera tenido tiempo bastante para regresar. Llegó a sospechar que lo del baile no había sido más que una añagaza para despistarla y esta sola suposición, el haberse dejado embauclar como un niño, le crispaba aún más sus nervios.

Llegó a su casa pálido, desencajado. Entró en el comedor como una tromba, gritando:

—¿Dónde has estado?... ¡Te he buscado por todas partes!...

—Te esperaba, Gustavo...—dijo ella humilde, secando sus lágrimas—. Como dijiste que querías que pasáramos la velada juntitos los dos...

Volvió entonces Gustavo su vista, siguiendo la misma trayectoria que la mirada de su esposa, y, al ver la mesa, lo comprendió todo.

—¡Perdóname, querida!... ¡He sido un idiota, un verdadero idiota!...—dijo, cayendo a sus pies.

SEGUNDA PARTE

Pero en aquel matrimonio que prolongaba en la vida real el dramatismo del escenario, los días de tempestad eran más frecuentes que los de bonanza. Así, pocos días después de los sucesos narrados, volvemos a encontrarlos, y en sus hoscos semblantes, en sus miradas, que parecían esquivarse, adivinamos, sin que los lo digan, que algo debía atormentarles.

El silencio, ese silencio pesado y enervante que reinaba en la estancia, vino a ser interrumpido por la dulce voz de una de las doncellas.

—El señor Worden espera ser recibido por los señores.

Roberto Worden, crítico teatral, y para estar más a tono con su profesión, hombre esceptico, había amado un día a Violeta; pero al declararse recibió por parte de ésta una ro-

tunda negativa y su amor evolucionó entonces, convirtiéndose en amistad sincera y leal.

Gustavo salió momentos después de haber anunciado la doméstica al visitante y al pasar por delante de su esposa la vió llorando, con un libro en la mano.

—¿Por qué lloras? —preguntó intrigado.

Esta lo miró a través de sus párpados humedecidos, sin darle respuesta alguna, y su esposo marchó entre furioso y entristecido. En el vasto salón Roberto paseaba lentamente, saltando los cubos, escobas y diversos recipientes de limpieza que todavía estaban allí, sin duda por descuido de la doméstica encargada de la limpieza.

—Acabo de hacer un descubrimiento terrible, amigo mío —dijo Gustavo desalentado, abrazando al crítico—. ¡Mi mujer ya no piensa en mí... piensa en los otros!

—Bah, eso no tiene nada de particular... es una cosa muy natural! —repuso éste con aire displicente.

—¿Cómo que no tiene nada de particular...? ¡No lo tendrá para ti, que no te importa... pero para mí es algo muy serio, caramba!

—Digo que es natural, porque conozco a las mujeres en general y a la tuya en particular.

—Veamos, amigo mío... no me tortures con tu escepticismo y dime: tú, que la conoces desde niña, que estás al corriente de todos sus noviazgos y de todos sus «flirts», ¿puedes decirme cuánto tiempo le dura un amor a Violeta?

—¡Seis meses!... ¡Ni un día menos, ni un día más!

—¡Roberto, mira lo que dices!... ¡Mira que hoy hace precisamente seis meses que nos casamos y...!

—Amigo mío, no te sulfures. Me preguntas, te contesto... te digo la verdad. ¿Qué querías? ¿que te engañara? ¡Pues si así lo quieras, te engañaré, te haré feliz con la mentira!...



—Gracias, gracias, Roberto. Hazte cargo que mi situación no es para estar muy tranquilo... Sigue contándome, por favor. Según tus observaciones, ¿cuáles son los síntomas de esa ¡cómo diría yo!... de esa intoxicación amorosa de mi mujer?

—Son siempre los mismos. Violeta comienza por llorar sin motivo alguno... Se entrega a lecturas románticas o sentimentales y...

—Perdona un instante —le atajó Gustavo—, vuelvo en seguida.

Salió corriendo a la cámara en que esta-

ba su esposa, reclinada, acostada más bien, sobre un diván, y tomó el libro que ésta se había dejado caer al suelo. Leyó el título del mismo: *Las cuitas del joven Werther*, por Goethe, y lo arrojó con rabia al suelo, volviendo otra vez a salir con el semblante más hosco que nunca.

—Y, por último—dijo el crítico, reanudando la conversación interrumpida—, toca al piano romanzas de Chopin. ¡Este es el síntoma definitivo!

—¡Entonces estoy salvado, Roberto... estoy salvado!... ¡Mi mujer no toca nunca nada de Chopin!—decía, dando saltos de júbilo y gritando como un colegial a la hora de abandonar las clases.

Pero de pronto, como si aquellas palabras hubieran sido un conjuro, como si hubiesen tenido el poder de una invocación, en la vecina estancia comenzaron a sonar los melancólicos acordes de un *Nocturno*.

—¡Chopin! —murmuró Gustavo con un acento tan trágico que de haberlo sacado en la escena le hubiese valido la ovación más grande de su vida—. ¿Lo has oído, Roberto? ¡¡Chopin!!...

Por primera vez clavó la vista en el suelo y lo vió sembrado de esparto, jabón, escobas y demás útiles de limpieza. Alguien debía cargar con su rapto de ira y este alguien fué la encargada de la limpieza.

—¡María... María... María! —comenzó a gritar como un loco.

Ante sus desaforados gritos llegó Violeta y poco después apareció la citada María, medio muerta de espanto. Era una mujer como

de unos cincuenta años y con unos dos kilos de peso por cada año.

—¡Ya estoy cansado de aguantar sus torpezas! ¡Váyase de mi casa inmediatamente! ¡No quiero que me ponga en ridículo otra vez delante de mis amigos!...

—¿Ha oido usted, señora?—dijo la criada, acogiéndose al amparo de Violeta, a cuyo servicio llevaba ya muchos años—. ¿Ha oido usted lo que dice su esposo?...

—El señor lo dice, María—replicó Violeta, como si no diera importancia a la cosa—. Quien manda, manda...

Y mientras la pobre criada recogía, llorosa, los trebejos, Violeta se alejó de la estancia, dejando solos a su amigo en compañía de Gustavo.

—¡Se divorciará! ¡Lo sé, lo presiento!—murmuró éste con acento declamatorio, como si se encontrara en el escenario—. ¿Y quién será mi sucesor? Ha tenido tantos pretendientes... Puede ser un pintor... un escultor... Cabe un crítico... Quizá tú mismo!—concluyó mirando a su amigo con aspecto nada tranquilizador.

—¡Desgraciadamente no, Gustavo!... ¡A mí puedes borrarme en absoluto de la lista de los posibles!... —repuso Roberto sin inmutarse.

—También le hizo la corte un poeta... después un «sportman»... dos banqueros, y no sé cuántos más!

A distraerle de estas cavilaciones que amenazaban colocarlo al borde de la locura llegó Adriano, el criado que le servía de ayuda de cámara en el teatro.

—El señor director me ha dado esta obra para que le lea usted. Me ha dicho que tiene en ella un papel y que vea si le gusta.

Gustavo, tomó el libro y leyó: «*El oficial de la guardia*, por Francisco Molnar».

La discusión que con motivo de la obra teatral se entabló entre el crítico y el actor llevaron la conversación por los derroteros del arte. Entretanto, en la cocina, María secaía su llanto y decía a la cocinera:

—La señorita me ha dicho: «Quien manda, manda» pero me lo ha dicho de una manera que tengo la seguridad de que no me despedirán. Después de todo, ¿quién manda aquí *«ino ella?*, aunque diga lo contrario...

TERCERA PARTE

Aquella noche, los protagonistas de nuestra historia representaban «*Otelo*». Nada más a tono en realidad con el estado de ánimo del primer actor. Al penetrar en el teatro lo encontramos en escena, pálido, desencajado, torturado por la desconfianza, preguntando a Yago:

—¡Yago!... ¿Crées que ella me engaña? Necesito pruebas palpables...

En aquellos momentos, Violeta, en su camerino departía con Roberto Borden, su amigo de infancia y adorador de otro tiempo.

—¡No quiero nada contigo! —decía aparentando enojo— ¡Tú defiendes a mi marido!

—Le defiendo, querida Violeta, porque es mi amigo... y porque a falta de tu amor tengo *«tu* amistad...

En estas razones estaban cuando se presentó uno de los empleados trayendo un hermoso ramo de flores con una carta. Acababan de tirar el telón y Gustavo penetró también detrás del portador de la llaves. Escasamente había podido Violeta leer la carta cuando penetró su esposo.

«Señora: Noche tras noche admiro su arte y su belleza, y sin exageración, le digo que estoy preso en las redes de sus encantos... Sería el más feliz de los mortales si pudiera contar tan sólo con una de sus sonrisas, si ese portento de espiritualidad y hermosura que forman la persona de la más grande y deliciosa de nuestras actrices, se dignara sonreir una vez para mí sólo. No le digo todavía mi nombre; sepa solamente que soy un admirador y un enamorado.»

Violeta dejó precipitadamente la carta debajo de un estuche de tocador y rasgó el sobre en menudos pedazos.

—¿De quién son esas flores? —preguntó ceñudo Gustavo.

—No lo sé... de un abonado... de cualquiera...

—La tarjeta... la carta que las acompañaba... ¿dónde está?

Comenzó a mirar como un loco por encima de la mesa y quiso arrebatar a su esposa los diminutos pedazos de papel que todavía guardaba en la mano. La voz del traspunte, chillona y desagradable, vino a cortar la violenta discusión.

—¡Desdémona, a escena!

—Sí tanto te interesa esa carta—murmuró Roberto—puedes cogerla. Creo que la ha escondido debajo de aquella caja.

—Muchas gracias... no me hace falta. Ya sé de quién es esa carta. ¡La he escrito yo mismo!

—¿Que la has escrito tú mismo?...

—¡Sí, yo... yo! ¡Ahora veo que tiene secretos y que no me los confía! ¡Es el octavo ramo de flores que le envío y aun no me ha dicho ni una palabra! ¡Al fin tengo la certeza, la evidencia... ¡Le veo... a EL... a mi sucesor! ¡El sucesor que yo mismo me he imaginado... un oficial de la guardia!

Roberto miró a su amigo compadecido, convencido de que de seguir por aquel camino llegaría pronto a perder la razón.

El traspunte volvió otra vez a aparecer por por la puerta diciendo:

—¡Otelo, a escena!

—¡Ahora a fingir, payaso, a divertir al público con los celos de otro!

Roberto se levantó también y se colocó entre bastidores, dispuesto a ver la mejor creación de su amigo.

Violeta, representando a Desdémona se hallaba sentada al borde de su lecho, pensativa, Otelo, furioso la contempló durante unos segundos, con los ojos salidos de las órbitas, y tras esta fugaz contemplación se abalanzó sobre ella, sacando el curvo yatagán y atenazándole con su mano belluda la garganta alabastrina.

—¡Confíásmelo todo! La verdad, la verdad! ¿En qué piensas? ¿En quién piensas?

Y llevado por el paroxismo de su ira, parecía que iba a consumar en realidad el asesinato escrito en la farsa y le apretaba de tal modo la garganta que Violeta temió quedarse sin respiración.

—¡Bárbaro, salvaje!... ¡Me vas a matar de verdad!—le dijo por lo bajo.

Al concluir el acto, Violeta quedó medio



muerta y Gustavo parecía la encarnación de la ira. El público en pie, repetía sus ovaciones sin cesar, produciendo horroso estruendo.

—Nunca has representado tan bien tu papel!—le dijo Roberto estrechándole la mano—. ¡Qué realismo, qué vida!... No ha sido exactamente tal como lo concibió Shakespeare, desde luego, pero es bastante más humano...

Violeta, en su camerino se friccionaba el

cuello con una loción sedante y no cesaba de repetir :

—¡No me ha estrangulado por un verdadero milagro!... ¡Bárbaro!...

Hacía ya un buen rato había concluído el espectáculo cuando el criado que ya se marchaba volvió desde la calle diciendo :

—¡El público en masa está a la puerta del escenario, señor! ¡Quiere verle y aplaudirle otra vez!

—¡Que se vayan al infierno, y me dejen en paz!...

—No debes ser así, Gustavo—le replicó Roberto.

—Toma, Adrián ponte mi abrigo, mi sombrero, sal a buscar mi auto y que te aplaudan a ti... ¡Será la primera vez que te paguen como se merecen tus buenos servicios!—murmuró lanzando una sonora carcajada de nervioso—. Yo me saldré por la puerta de servicio... ¡No estoy para vez a nadie!...

CUARTA PARTE

Días después de los hechos que llevamos relatados encontramos a Gustavo y a su leal amigo en el domicilio del actor, quien sentado ante la mesa de su lujoso despacho acababa de escribir una carta, desfigurando su letra. He aquí el texto de la misiva :

«Señora: ¿Le será permitido al más entusiasta de sus admiradores el ir a poner a sus pies su respetuoso homenaje? Si mi súplica es aten-

dida, le ruego se sirva asomarse a su ventana a eso de las cinco. Yo estaré observando dentro de mi automóvil... Una hora después me inclinaré ante usted solicitando su perdón para un soldado que tiene por divisa: «Vencer o morir».

*Príncipe Leopoldo de Camory
Teniente de la Guardia de su Majestad
el Emperador.»*

Gustavo cerró cuidadosamente la carta y casi al instante apareció un botones del teatro llamado por teléfono.

—¿Qué manda el señor?—dijo con aire desenvelto.

—Vas a llevarle esta carta a mi esposa pero sin decir que yo te la he dado, ¿comprendes?

—Ni una palabra más, señor. ¡Voy volando!...

Extendió el pilluelo la mano como si fuera a despedirse aun cuando en realidad no era más que para recibir la espléndida propina y una vez ésta en su poder dió una rápida vuelta. Al llegar a la calle volvió sobre sus pasos otra vez y corrió a entregar la misiva, escaleras arriba.

—¿Quién te ha dado esta carta?—le preguntó Violeta antes de abrirla.

—Un caballero muy elegante, señora—repuso el «botones» haciendo un guiño expresivo y saliendo a todo correr, para que no le obligaran a quedarse otra vez con la misiva.

Gustavo estaba como abstraído, fijos sus

ojos en el vacío, cual si mirara a través de la pared.

—En este instante recibe la carta... La está leyendo... ¿Lo ves?... ¿No lo ves?

—No veo absolutamente nada, amigo mío. No tengo el don de ver a través de los cuerpos opacos, como tú.

—Tú rierte, pero yo lo veo todo—prosiguió él con su aspecto de vidente—. Está dudando... De un lado las preocupaciones del deber... de otro, las tentaciones de la ilusión... ¡Cómo la conozco! Se asomará, estoy seguro... Vamos a verlo, quiero convencerme por mis propios ojos.

Levantóse Gustavo y Roberto le siguió como un autómata, pendiente de lo que podía suceder y más interesado de lo que el mismo hubiera podido suponerse.

Tal como se lo había imaginado Gustavo, encontraron a Violeta frente al balcón, en disposición de abrirlo. Al ver entrar a los dos hombres pareció dudar un instante, pero pudo más la curiosidad que todos los demás sentimientos juntos, y la hermosa actriz abrió por fin la ventana de par en par asomándose a ella.

Gustavo que presenciaba la escena con la ansiedad que es de suponer, al verla acodada en el alféizar estuvo a punto de desmayarse de emoción.

—Me voy al club... ¿Quieres venir?—dijo a su amigo con voz débil.

—¿Y ahora qué vas hacer? ¿Dónde está el oficial de la guardia?—le preguntó intrigado su amigo.

—¡Vendrá!—repuso Gustavo crispando los puños de rabia—. ¡Seré yo! Si ha de engañarme... más vale que me engañe conmigo mismo.

—¡Pero hombre! ¿No comprendes que ella te reconocerá en seguida?...

—No me reconocerá!... ¿Soy o no soy el famoso actor... el mago de la caracterización?

—Dentro de media hora—prosiguió al descender la escalera—, el oficial de la guardia se hará anunciar a Violeta.

—Entonces, date prisa; de lo contrario, corres el riesgo de que el oficial falte a la cita—repuso su amigo en tono zumbón, más divertido que asustado.

Media hora después, el programa previsto por el gran trágico iba desarrollándose con puntualidad verdaderamente matemática... El revuelo que su entrada produjo en la casa no es para descrito. Al cabo de cinco minutos de permanecer el príncipe al lado de Violeta ya lo sabía la casa entera y diez minutos después desde la portería hasta el tejado no se hablaba de otra cosa.

Gustavo, a pesar de su excelente trabajo de caracterización que lo desfiguraba por completo y de haber cambiado hasta el tono de su voz no las tenía todas consigo y procuraba mantenerse lo más apartado posible de la lámpara de pie que iluminaba el rincón de la coqueta estancia en que Violeta lo había recibido.

—¿Una taza de te, Alteza?... Mi marido no bebe té nunca, no le gusta.

—Pues a mí me deleita, señora; es una be-

bida deliciosa... y ofrecida por usted no digamos.

—¿Tres terrones de azúcar?

—Ninguno, señora, en la Corte lo tomamos sin azúcar.

Gustavo, haciendo todos los esfuerzos imaginables, se tragó el amargo brevaje y Violeta, por no ser menos que «los de la Corte» hizo otro tanto, y lo proclamó delicioso, aunque en su fuero interno renegaba de las imperiales costumbres y declaraba que en su vida había ingerido nada peor.

—No le veo bien, Alteza. ¿Quiere usted aproximarse un poco más a la luz?—dijo mimosa Violeta, que ante todo deseaba apreciar bien el físico del príncipe.

—¡Oh, con mucho gusto, señora... no faltaba más!—dijo Gustavo pegándose materialmente a ella—. Pero antes de marcharme, antes de partir, permítame al menos que le haga una pregunta... ¿Puedo alimentar alguna esperanza?... ¿Me permite usted que la vuelva a ver?

—¡Se lo prohíbo a usted terminantemente!

Gustavo se levantó como si aquella respuesta lo hubiese dejado realmente consternado. Violeta no quiso ser cruel con tan encumbrado adorador y para borrar el mal efecto de sus palabras, añadió:

—No quiero que se vaya usted disgustado, Alteza... Venga a mi palco esta noche. Podremos charlar un poco, mi esposo hace «Hamlet» y no nos molestará...

Gustavo besó con fervor la mano de la actriz y salió de su casa echando llamas. En la escalera sorprendió a los criados que le mira-

ban asombrados; en la puerta se vió obligado a saludar a un corro de curiosos y a soporlar sus aplausos.

—¡Indecentes!—rugió para sí al meterse en el coche. ¡Igual haríais si un príncipe de verdad viniera a robarme el amor de mi esposa!... ¡Canallas!

QUINTA PARTE

Al anochecer Violeta llamó a María que, como puede ver el lector, no fué despedida y le dijo.

—Vistete con uno de los trajes de señora que hay en mi ropero. Esta noche vas a ser mi madre.

María que hacía bastantes meses no se había metido dentro de un corsé pasó las de San Quintín para poder encajar dentro de él su robusta humanidad. Pero al fin con un poco de trabajo y la buena voluntad de su amiga la cocinera que sudó la gota gorda, todo pudo arreglarse. ¡Casi casi parecía una gran señora!

Violeta por su parte no pasó menores apuros. Pero estos fueron para la elección de traje. Quería presentarse ante el príncipe como una princesa de cuento de hadas, fascinadora y deslumbrante...

Gustavo también tenía preparados sus trajes. Al lado de la mesa de su tocador, junto a las ropas de «Hamlet», estaban las del oficial de la guardia.

—Esta noche, Adrián, vas a tener que hacer prodigios de agilidad... Voy a representar dos papeles a cual más difícil. Del primero al se-

gundo acto de «Hamlet» tengo bien bien, unos veinte minutos... En este intervalo tengo que desnudarme, vertirme con estas ropas que ves aquí, caracterizarme, ir al palco de mi esposa y volver a ponerme en situación de entrar nuevamente en escena. De ti depende que salga bien en este trance importantísimo para mí.

Aun no había concluido de bajar el telón cuando ya Gustavo se hallaba en su camerino quitándose las ropas con pasmosa velocidad y tres minutos más tarde, por un milagro de agilidad se presentaba transformado ante su esposa.

—Aquí me tiene a sus pies, señora, encantado de poder adorarla.

—Le he mandado venir para decirle que soy una mujer casada y que adoro a mi marido.

El rostro de Gustavo pareció transfigurarse. Se sintió feliz, intensamente feliz y de no haber sido por no descubrirse allí mismo hubiera cubierto de besos el rostro de su adorada esposa. No obstante, como buen celoso, quiso profundizar aun más.

—Puede creerlo, señora, esta no es respuesta para consolar a un enamorado... Yo esperaba que usted fuera más caritativa; que se apiadaría de mí.

—Mi deber es decirle la verdad, Alteza; ahora que ya la sabe puede, si gusta, seguir haciéndome la corte. Soy artista, soy mujer y eso halaga siempre...

Entretanto el «regisseur» asomaba a la puerta del camerino y gritaba:

—¡Hamlet, preparado!

Adrián no sabiendo qué hacer, tomó la capa de un guardia, el casco de un bombero y dis-

frazado de esta guisa salió corriendo al palco de su señor.

Este, en tanto, en el colmo de la felicidad, proseguía la conversación con su esposa:

—Su marido—decía—es, en efecto, un hombre culto, muy digno de ser amado... Lo cortés no quita a lo valiente, señora, y aunque yo esté en estos instantes enfrente de él debo



reconocer que es un hombre «chic», distinguido...

—Alteza, veo que se entusiasma usted demasiado de mi marido... en vez de hablar de mí... de nosotros...

—Tiene usted razón, señora — dijo él mordiéndose los labios.

—Orden del coronel, mi teniente—murmuró Adrián asomando el casco por la puerta del palco.

—El deber me llama. Vuelvo al instante. — Salió a todo correr seguido por el viejo

Adrián. En el corredor se encontraron con Roberto, que iba al palco de Violeta.

—Tu visitante de hoy—le dijo el amigo después de saludarla—ha revolucionado a todo el barrio... No se habla de otra cosa... ¡Has conseguido en verdad un golpe de efecto!

—¿Y qué me quieres decir con esto?—replicó ella agresiva—. ¡No soy dueña de mis actos... no soy artista! ¡Recibo a quien me parece! Ahora mismo acaba de salir el príncipe de mi palco y ha dicho que volverá al instante.

—Supongo que tendrás la amabilidad de presentarme a Su Alteza...

—¡Ya lo creo...! Una limosna se le hace a cualquiera!— dijo despectiva, marchando a acodarse en la barandilla del palco para ver si desde allí divisaba al príncipe.

Al terminar el acto, volvió Gustavo a repetir su misma hazaña. En el antepalco encontró a su amigo y no pudo contener su alegría.

—¡Me es completamente fiel!—le dijo al oído—. ¡Me había equivocado!

Roberto sonrió socarrón y se propuso pasar un buen rato a costa de los dos. Se le había ocurrido algo que les iba a quitar a él la manía de la duda y a ella los deseos de coquetear para siempre.

—He tenido—dijo interviniendo en la conversación de los dos—ocasión de conocer a Vuestra Alteza, en casa de una dama con quien Vuestra Alteza tuvo mucha más suerte que yo...

—Ignoro a que se refiere usted, señor—dijo el supuesto príncipe con aire de desagrado.

—El amor de esa dama por Vuestra Alteza

es un secreto a voces. En lo que creo que va un poco descaminado, Vuestra Alteza, es en asegurar que le es completamente fiel... Es un poco aventurado decir eso de una mujer.

Violeta, un poco molesta por las palabras del crítico, dejó a éste con el príncipe.

—¡Quieres engañarte a ti mismo!—le dijo Roberto luego que estuvieron solos—. Te falta valor para conocer la verdad, por eso te portas como un galán tímido, como un pobre aprendiz. Sé insinuante... ardiente, declama con vigor y con fuego el papel de Romeo y ya verás si ella sigue resistiéndose.

—¡Orden del general, mi teniente!—gritó en aquel instante Adrián con un nuevo disfraz militar, cogido de la guardarrropía.

En el escenario todos andaban locos buscando a Hamlet que al fin, sin que nadie supiera por dónde había entrado, apareció en escena, tras un elevado sitial.

Violeta, picada en su amor propio, no cesaba de pensar en la dama que gozaba el privilegio de ser la preferida del príncipe... Por fin, no pudo resistir más la maldita comezón y le preguntó a su amigo:

—¿Es más hermosa que yo la dama de quien hablabas hace poco a Su Alteza?

—Como tú. No se puede hacer entre las dos la menor distinción.

—Siendo así, poco me costará desbancarla. Soy artista y esto por sí sólo ya es un incentivo para cautivar. A poco que extreme mis insinuaciones tengo la seguridad de que venceré.

—No cantes victoria... Cuandos más hagas, menos conseguirás apartarla de su corazón.

Salió Roberto al pasillo, dejando a la hermosa Violeta a solas con sus pensamientos, y esperó junto a la puerta la llegada de Gustavo, murmurando:

—A estos dos les voy a dar una lección como se merecen. ¡Vaya si se la doy!

Al llegar el falso príncipe le dijo al oído, antes de entrar:

—¡Pórtate como Romeo! ¡Recuerda que tu lema es; «Vencer o morir»!

Preparado de esta manera el terreno por ambas partes, fácil es suponer lo que iba a acontecer. Apenas Gustavo penetró en el palco comenzó una declaración rendida, ardiente, y Violeta, tras las resistencias obligadas por el buen parecer, se decidió a claudicar para satisfacer su pueril satisfacción de ser más que «la otra», de desbancar a la supuesta rival, que sólo existía en su alocada imaginación.

—Señora... no puedo callar por más tiempo... he vuelto solamente para decirle que la amo, que estoy loco por usted—decía Gustavo con ardor acariciándola y estrechándole el talle más cada vez, hasta que por fin siguiendo su peroración llegó a besarla en los labios.

Violeta correspondió a aquel beso que para Gustavo encerraba toda la hiel del mundo y en un alarde de suprema coquetería se desasió de sus brazos diciendo:

—¡Déjeme, Alteza!... ¡Usted ama a otra mujer!

—¡Orden del Emperador, mi teniente!— Gritó Adrián penetrando en el palco como una tromba.

Gustavo salió disparado y en su precipitación, al llegar al pasillo se dejó caer el bigote,

Roberto lo recogió con sumo cuidado y envolviéndolo en un papel lo entregó a su amiga.

—Guarda esto. No lo pierdas por nada del mundo que de ello depende tu felicidad. Mañana ya te diré cómo debes emplearlo.

Gustavo tuvo un final maravilloso, apoteósico casi. Al finalizar la representación se dejó caer en su sillón agotado, como muerto. Los aplausos del público zumbaban en sus oídos y repercutían en su cabeza como si hubiera estado vacía, haciéndolo sufrir horriblemente.

A solas en el camerino, con su criado murmuró:

—¿Oyes, Adrián? Eso es la gloria... ¡La gloria!... ¿Para qué me sirve a mí la gloria? En este momento, todos los que me aplauden me creen el hombre más feliz de Budapest...

SEXTA PARTE

Aqueila noche había un gran baile en el Palacio Imperial y Violeta provista de la correspondiente invitación asistió al mismo, sin consultar a su marido. Tenía la esperanza de encontrar al príncipe y a la mujer amada por él... Quería comparar, ver. Rodeada por una multitud de oficiales, la linda actriz se encontraba en sus glorias. Todos eran pocos para adularla y para cada uno tenía ella una frase amable e ingeniosa.

Bajo las cascadas de luz, que inundaban los ricos y amplios salones, los uniformes parecían más brillantes, las «toilettes» de seda más vaporosa y la música parecía contener melodías insospechadas.

Un ujier se acercó a ella :

—Señora, Sus Majestades se han enterado de que está usted aquí y han expresado sus deseos de hablarle.

Salió Violeta al vestíbulo para dar un toque a su «toilette» y allí se encontró con Roberto.

—¿No está aquí tu marido, Violeta?

—¿No te has ido tú con él del teatro?

—No, lo he buscado por todas partes y no he podido hallarle. Luego, después en la calle me pareció haberlo visto desde lejos, con andar vacilante. Fuí hacia él pero antes de llegar dobló una esquina y no sé dónde pudo meterse. Yo creo que ha sido tu flirt con el príncipe lo que le ha trastornado de esta manera... ¡Con tal de que no haga alguna tontería!...

Al oír esto último, el rostro de Violeta se transfiguró y pasó de la alegría a la angustia más infinita. Se olvidó de que había sido llamada por Sus Majestades y salió a toda prisa de palacio.

—La señora Bellevert acaba de salir del baile—dijo uno de los ujiers al mayordomo mayor que andaba en su busca.

—¡Caprichos de artistas! ¡Qué gentes más especiales!... —dijo el cortesano sin acertar a explicar tan extraordinario comportamiento.

Pero la atribulada artista estaba bien lejos de ocuparse de otras cosas que no fueran las suyas propias.

—Por favor, Roberto; si me aprecias un poco, un poco nada más, busca a mi Gustavo y tráelo a casa—le decía por el camino—. ¡Búscalos por todas partes!...

Entretanto el actor para calmar sus nervios, para olvidar la pena que torturaba su lacerado corazón, se entregaba a una orgía desenfrenada. Había hecho venir tras él a cuantas gentes de buen y mal vivir encontró por la calle y las metió en un cafetín de los arrabales.

—¡No puedo estar solo... no quiero estarlo!—gritaba—. ¡Necesito compañía... distraer-



me!... ¡Champaña para todos... «tziganes».

Una multitud abigarrada y heterogénea que danzaba y rebullía en torno suyo se esforzaba por distraer al desconocido que parecía al límite de la locura.

Pero también el ruido llegó a cansarle y enarbollando una silla arremetió contra sus amigos de antes, limpiando el local en menos que cuesta el decirlo.

Solo quedaron los músicos recogiendo sus instrumentos y en espera de que les fuera abonado el importe de su trabajo. Uno de ellos,

el violonista, tuvo una idea genial. Cogió su instrumento y comenzó a tocar un nocturno de Chopin. Al oír aquella música, el loco furioso se calmó como por ensalmo y cayó de brúces en un velador, vertiendo lágrimas a raudales.

Roberto, después de infinitas pesquisas se volvió a su casa desesperado de no poder encontrar a su desdichado amigo. En cuanto a Violeta, pasó toda la noche en una butaca, llorando sin consuelo y con un dolor de cabeza horrible.

Era ya bien entrada la mañana cuando se oyeron por la escalera del palacio de la artista unas pisadas inconfundibles. Gustavo, medio beodo todavía, llevando en su semblante las huellas de una noche infernal, venía llevando a cuestas un gran lio de ropa.

Abrazó a su esposa y ésta con la alegría pintada en su rostro, calmado el dolor de cabeza como por ensalmo correspondió a su caricia.

—¿No ha habido ninguna novedad desde que me fuí ayer al club? —le preguntó tornándose serio súbitamente.

—Ninguna que yo sepa.

—¿Ninguna?... ¿No recibiste anoche ninguna visita?

—No recibí absolutamente a nadie —repuso ella imperturbable.

—¿Y en tu palco, no había nadie anoche? Me pareció ver desde el escenario una cara desconocida... un hombre de uniforme.

—Debiste confundirte con el continuo. Allí sí que había un oficial, pero en el mío, no.

Gustavo al ver el cinismo con que mentía

aquella mujer, la hubiera estrangulado, pero se contuvo. Volvió nuevamente a cariciarla, hizo desesperados esfuerzos por parecer sonriente y le dijo:

—Aquí en este paquete te traigo una sorpresa; vuélvete de espalda un momento, el tiempo suficiente para desligarlo y prepararla y te la enseñaré.

Violeta intentó volverse una o dos veces pero su esposo la contuvo con severidad...

—Te lo pido por favor, Violeta —le dijo—. No malogres mi ilusión con tu curiosidad...

Cuando ya todo estuvo listo, Violeta quedóse petrificada por el terror. Escapó de su garganta un grito inarticulado y estuvo a punto de caer desmayada. Gustavo dió rienda suelta a su furor y comenzaron a salir de su boca los mayores impropios. La servidumbre, apelotonada tras la puerta del salón no osaba moverse de pánico. El señorito parecía realmente un loco, un poseso. Al ver llegar a Roberto las doncellas y criados vieron, como quien dice, el cielo abierto.

—¡Corra por Dios, señorito!... ¡Va a matarla!...

Roberto entró sin hacerse anunciar. A su vista pareció calmarse un poco el enfurecido Gustavo. En un momento en que éste, gesticulando y gritando se volvió de espaldas, dijo al oído de su amiga.

—Recuerda el paquetito que te di anoche... es hora de sacarlo.

Violeta fué a buscar el monedero y extrajo de él el papelito, del cual maldito si se acordaba, y deshizo el envoltorio y encontró el bivote cano; lo único que su marido no llevaba

del disfraz. Con aquella arma en sus manos volvió a recobrar todo su aplomo.

—Qué inocentes eres, tan inocente como todos los genios... —le dijo Roberto—. ¿No ves que ella se está riendo de ti?

—Tú serás un gran artista, querido Gustavo—dijo ella monstrándole el bigote y pugnando por sonreír—, pero reconoce que en materia de fingimiento no me quedo atrás...

—Entonces, ¿me conociste?... ¿Sabías que era yo?

—¡Naturalmente!, de lo contrario ¿crees tú que te hubiera besado?

—¡Pérdoname Violeta!... ¡Nunca más volveré a dudar de ti!... —dijo él precipitándose en los brazos de su esposa—. ¡Te lo juro!

Y mientras Gustavo abrazaba a su adorada compañera, ésta por encima del hombro de su esposo, dió la mano al amigo leal a quien debía la felicidad, envolviéndolo al mismo tiempo en una mirada de gratitud.

FIN

